

marchar con su ejército contra los vriyi. Al oír esto el Budha se volvió hacia Ananda, que se hallaba detrás de él, y le preguntó: «¿Sabes, Ananda, si los vriyi observan como se debe las reuniones de fiesta?» Ananda contestó afirmativamente no solo a esta pregunta sino también a las otras de su maestro, dirigidas a saber si los vriyi vivían unidos y en concordia, si no abolían las costumbres buenas, ni introducían las malas; si conservaban los usos patrios; si prestaban obediencia y honraban a los viejos; si trataban a sus mujeres ó a las jóvenes con cariño; si conservaban en todas partes sus santuarios, sacrificios y ritos, y si socorrian como merecían a las personas venerables, tanto las del país como las extranjeras. «Mientras los vriyi, dijo el Budha, continúan observando estos siete deberes que les encargué en otro tiempo en Vaisali en el templo de Sarandata, podrán medrar, pero nunca decaer.» Después de haber oído esto el sacerdote del rey, se dió por enterado, saludó al Budha y se retiró.

Seguidamente mandó el Budha a Ananda que llamara a los monjes que vivían en Radyagriha y en sus inmediaciones y cuando estuvieron reunidos les habló de los siete deberes cuya observancia asegura la conservación de una comunidad y no la deja perecer; y además les recordó otras siete condiciones de buena conducta, y otras seis relativas a actos, palabras y pensamientos. En otra ocasión inmediata les habló de los frutos preciosos que daban la buena conducta, la meditación profunda y grave y el buen criterio, con todo lo cual se sostienen las cosas mutuamente (1).

Después de esto, marchó con Ananda a Ambalatica y predicó en la casa del rey. Desde allí se dirigió a Nalanda, donde tuvo reuniones con Sariputra, y después pasó a la aldea Pataligrama, donde los adeptos y los fieles laicos le invitaron a la casa del comun. En aquella ocasión explicó las cinco ventajas que conseguían los que obraban bien y los cinco perjuicios que resultaban a los que obraban mal, a saber: que perdían sus bienes, su buena fama, la seguridad en su modo de presentarse, la tranquilidad en la hora de la muerte y la bienaventuranza después.

Hallábase a la sazón en Pataligrama los ministros de Ayatasutra construyendo una fortaleza contra los vriyi, donde el Budha vió, según dice la tradición, millares de espíritus que visitaban el lugar, lo cual indicaba, en su opinión, que allí se establecería un numeroso pueblo y sus príncipes, formando una capital que sería emporio del comercio y que se vería amenazada solo por tres peligros, el fuego, el agua y la discordia (2). Los dos ministros del rey invitaron al maestro y le obsequiaron, y éste les pagó con su enseñanza y elevadas máximas. La puerta por la cual salió el maestro recibió después el nombre de puerta del Gautama, y el punto donde pasó el río recibió el nombre de vado del Gautama.

Sucedió que mientras la gente que se hallaba cerca del río buscaba las barcas, vigas y demás necesario para hacer una almadía, había pasado ya Budha con sus discípulos a la otra orilla, de cuyo hecho la tradición saca la lección de que

(1) Este pasaje singular se repite literalmente en otras ocasiones.

(2) Esta ciudad, llamada Pataliputra, la Palimbotra de los griegos, estaba situada en la confluencia del Ganges y del Hirañabahu y del Ganges, un poco al Oeste de la ciudad actual de Patna. Los budhistas citan esta profecía de Budha como una prueba de la virtud de éste y de la autoridad de sus escrituras sagradas; mas la tradición no ofrece seguridad ni respecto a la época en que se fundó esta ciudad ni del momento en que los reyes de Radyagriha trasladaron su residencia a la nueva capital, atribuyendo este suceso unas veces a Udayin, hijo y sucesor de Ayatasutra, y otras a un sucesor posterior llamado Calasoca, que es difícil sean una misma persona. Tampoco concuerdan las tradiciones respecto del orden en que se sucedieron los reyes de Magadha, puesto que resultan tres listas diferentes, que no permiten sacar datos seguros cronológicos. Véase Bigandet, tomo II; Rhys Davids: *Buddh. Suttas*, etc.

mientras los necios buscan su salvación en los dioses, ritos y ceremonias, el sabio huye de este mundo y se encuentra salvado.

Dirigióse desde allí el maestro con Ananda y los demás acompañantes a la aldea de Cotigrama, donde predicó a los monjes del lugar las cuatro grandes verdades cuya comprensión quita el deseo de la existencia, y la causa de volver a existir ó de renacer. De Cotigrama marchó a los pueblos de Nadica, en cuya posada le preguntó su compañero sobre el destino de muchos monjes, personas laicas, hermanos y hermanas que habían muerto, a lo cual le contestó Budha que nada tenía de particular que las personas muriesen; y como era molesto ser preguntado siempre por el destino de cada persona fallecida, le daba a él y a todos sus discípulos el medio de contestarse ellos mismos presentándole un «espejo de la verdad.» diciendo que, conscientes de su fe en Budha, de su doctrina y de su comunidad, y teniendo los conocimientos y virtudes inseparables de esta conciencia, podían él y todos los discípulos decirse: «Para mí ya no hay infierno; ya no volveré a nacer a una vida miserable; estoy seguro de mi salvación.»

Así inculcó en el ánimo de sus discípulos la idea de la muerte y de su fin cuando con Ananda se dirigió a Vaisali. Allí se alojó en la hacienda de recreo de Amrapali, la hermosa guarda, donde no cesó de exhortar a sus discípulos a que estuviesen siempre atentos, mirando atrás y adelante, y no se dejasen sorprender en su fe. Llegó en soberbio carro y con brillante séquito Amrapali, saludó al bienaventurado y le invitó para comer al día siguiente, después de haber oído sus edificantes explicaciones. Luego llegaron con iguales propósitos los nobles príncipes Lihavi, con séquito no menos ostentoso y brillante, a los cuales aquella señora salió a recibir y les contó el resultado de la visita de Budha, a la cual no quiso renunciar a favor de los príncipes. Por su parte, el maestro les acogió como merecían, pero sin poder aceptar su invitación. Al día siguiente acudió temprano a la morada de la señora, que había preparado un suculento banquete, y que después de haber servido opíparamente a sus huéspedes y haber disfrutado de las explicaciones del maestro, hizo donación a la comunidad y al Budha como jefe, de su finca de recreo (3).

Llegó la estación del retiro ó sea la de las lluvias, la postera que el Budha pasó en el mundo, y la pasó en la cercana aldea de Bailva, mientras hizo alojar a los monjes en Vaisali y en sus alrededores. Entonces fué cuando cayó gravemente enfermo, y solo el deseo de despedirse de los suyos le dió fuerza para levantarse otra vez. «Ananda,—dijo con intención para que lo oyese todos:—Triste es pensar que la comunidad descansa solo sobre mí; tengo ochenta años y apenas puedo arrastrar mi cuerpo gastado, y ya sería hora de que cada uno fuese su propia lumbrera y no hubiese de buscar el apoyo de otros; el que así lo hiciere, hará bien y alcanzará el premio.»

Después de esto se dirigió una mañana con Ananda al santuario de Capala, donde se sentó sobre una estera y manifestó a su discípulo el deseo humano de vivir largo tiempo en la tierra en términos que indujesen a Ananda a suplicarle que se quedase; pero como Ananda no entendiera el deseo de su maestro y continuase mudo a pesar de repetir Budha varias veces su deseo, le dijo, al fin, que se sentara un poco mas apartado de él, y el discípulo así lo hizo. Entonces, dice

(3) No faltan autores como Bigandet que entre esta señora, llamada la hermosa pecadora, y entre su invitación, y la preferencia que le dió Budha sobre los nobles y fastuosos príncipes, encuentran analogía con la Magdalena del Evangelio, así como el lector habrá encontrado otras analogías.

la tradición, se apareció Mara, el espíritu de la muerte, é intimó a Budha la orden de dejar este mundo, a lo cual el santo contestó: «Alégrate, protervo, pronto se extinguirá el Tatagata; de aquí a tres meses morirá.» Al decir esto se libró Budha del deseo de prolongar su vida, y en aquel mismo momento se oyeron truenos en las alturas y la tierra se conmovió (1).

Habiéndose acercado Ananda otra vez a su maestro, le explicó éste las causas de la conmoción de la naturaleza que había presenciado, a lo cual añadió otras muchas observaciones, la repetida intimación del espíritu protervo y la contestación que él había dado. Entonces se le abrieron los ojos a Ananda y empezó a suplicar a su maestro que continuara todavía en este mundo hasta el fin de la presente era, para bien de la humanidad, de los dioses y del mundo con todos sus seres. El maestro le contestó que ahora ya era tarde, que si lo hubiese dicho antes cuando se apareció Mara, habría podido lograrlo; porque ya había aprendido que era menester separarse de todo, de los seres, de los objetos mas caros, pues que todo lo que nace ha de perecer. El ya había renunciado a vivir mas tiempo, y habiendo dicho que dentro de tres meses moriría, no faltaría a su palabra. Lo mismo dijo a los monjes de Vaisali, a quienes Ananda, cumpliendo la orden del maestro, había convocado a la gran sala del jardín. Les exhortó a conservar firmes las verdades de su doctrina, que les volvió a repetir en resumen, y les dijo: «Todo lo que ha nacido, todos los seres compuestos, envejecen y perecen. También se descompondrá dentro de poco el Tatagata, que morirá de aquí a tres meses; por eso vigilad, hermanos, y no os dejéis sorprender (2).»

Estando todavía Budha en la aldea de Bailva, Sariputra, su discípulo mas distinguido, se le acercó para despedirse para siempre, y de allí, presintiendo su próximo fin, se dirigió a Nalanda, su aldea natal, acompañado de algunos centenares de discípulos y adeptos. Allí convirtió a su anciana madre y poco después murió en la misma estancia en la cual había nacido. Su amigo y compañero Maudgalyayana murió a manos de asesinos enviados por otros sectarios envidiosos. Al saber el Budha estas noticias, celebró en presencia de toda la comunidad las cualidades sublimes de aquellos dos discípulos distinguidísimos y que tantas conversiones lograron. Muchos fueron los santuarios que después fueron erigidos en honor de los dos discípulos.

El Budha, al salir de Vaisali, para dirigirse a Bhandagrama, echó una mirada de despedida a aquel lugar querido. Desde Bhandagrama visitó sucesivamente otra multitud de aldeas cuyos nombres cita la leyenda, y en el camino no cesó de enseñar a Ananda y a los demás que le acompañaban, hablándoles de las cuatro verdades ó principios, a saber: una con-

(1) Según una tradición se había expresado el Budha en estos términos, dirigiéndose a Ananda: «¿Qué sitio tan ameno es Vaisali, la Udyana y el santuario de Capala! ¡Oh Ananda! el que ha pensado, el que ha perfeccionado, el que ha hecho esfuerzos y ha trabajado, y se ha elevado hasta las alturas de la fuerza milagrosa y se ha hecho dueño de ella para aplicarla como medio de progreso espiritual y como base de elevación santa, debería desear continuar la misma existencia durante una era ó el resto de una era; esto lo ha pensado también el Tatagata.» etc.; mas su discípulo no entendió que el maestro decía esto para que él le suplicara que continuase en este mundo; no lo entendió, porque el espíritu protervo de la muerte había entorpecido su inteligencia. Excusamos llamar la atención sobre ciertas analogías.

(2) Hasta aquí hemos seguido la tradición del Sur, de la cual discrepa algo la del Norte desde la visita de la señora Amrapali. En la del Norte se habla muy detalladamente de la muerte de los dos discípulos principales Sariputra y Maudgalyayana. En muchas leyendas del Norte se habla de la profecía del Budha relativa a un rey que al cabo de cien años levantará en su honor innumerables santuarios, con otras añadiduras evidentemente posteriores a pesar de su colorido mitológico.

ducta perfecta, meditación perfecta, comprensión perfecta y liberación perfecta, que todos reunidos satisfacen, hacen olvidar el deseo de existir y anulan la existencia. Así llegó sucesivamente a Bogagrama, y siguiendo en dirección Norte a Pava y al jardín de bambúes de Cunda, el herrero ó calderero. Este, habiendo escuchado el sermón del Budha, le invitó con sus discípulos a comer para el día siguiente, y les fué a buscar por la mañana, dándoles una opípara comida que durante la noche había preparado. Naturalmente sazónó la fiesta el ilustre maestro con sus conversaciones edificantes.

Esta comida fué la última del Budha, porque apenas volvió a estar en camino cuando se sintió presa de dolores violentos. Creyó entonces morir; pero se rehizo y se dirigió a Cusinara ó Cusinagara, la misma población probablemente que hoy se llama Casia, al Oeste del antiguo lecho del Chota-Gandak ó Hirañavati. La distancia de Vaisali hasta Casia se calcula por la tradición en unas 20 yoyanas, que vienen a componer 140 a 160 millas inglesas, en cuyo trayecto confirman la tradición del último viaje del Budha muchas ruinas de *stupas* y nombres de lugares.

No tardó el Budha en tenerse que echar rendido de fatiga, y Ananda extendió su manto para que el maestro se echara a descansar. El Budha entonces pidió agua para apagar su sed, y el discípulo fué a buscarla al inmediato arroyo, con gran repugnancia, pero obedeciendo, porque los carros y personas que habían atravesado la corriente habían enturbiado el agua de mala manera. Sin embargo, apenas hubo llenado Ananda la escudilla, apareció en ella el agua clara y cristalina y la llevó al maestro.

Sucedió entonces que un hombre de Cusinara, de casta inferior, que pasaba por allí, se detuvo entablado conversación con el Budha. Inmediatamente observó que el espíritu de Budha sobrepujaba muchísimo al del maestro que él había tenido y que se llamaba Arala Calama. Comprendió, pues, y se convirtió, y al despedirse del Budha le ofreció respetuosamente como presente dos vestimentas magníficas de brocado que mandó llevar por uno de sus criados.

Cuando se hubo marchado, puso Ananda estos vestidos a su maestro y entonces resplandeció Budha tanto, que oscureció el lustre de los tejidos, lo cual el mismo Budha declaró que era señal de su próximo fin (3) y dijo: «Esta noche, Ananda, hácia el tercer cuarto, ocurrirá la defunción perfecta del Tatagata en la proximidad de Cusinara, en medio de dos árboles de *sal (vatica robusta)*.» Diciendo esto dió orden de dirigirse al Cacustah, de cuyas aguas bebió el Budha y en ellas se bañó. Llegado que hubo a la otra orilla, seguido siempre de muchos monjes, volvió a echarse fatigado y enfermo sobre el manto de un monje llamado también Cunda, y dirigiéndose a Ananda le dijo que nadie reprendiera a Cunda, el herrero, por el banquete que había dado al Tatagata, porque aquella comida y aquella invitación habían sido tan meritorias como cualquier otro acto meritorio dirigido al Budha hasta entonces. Mandó además afirmar que se había oído de boca del mismo Tatagata, que Cunda recibiría por aquel acto la bienaventuranza eterna, y que de esta manera se le quitaran todos los remordimientos de conciencia (4).

(3) El pasaje de *M. Pavin*, IV, 50, etc., citado por Rhys Davids, dice: «En la noche, ¡oh Ananda! en la cual el Tatagata llegue a la iluminación mas sublime y perfecta, en la noche en que se marche sin dejar nada detrás, en estas dos ocasiones aparecerá claro y rutilante el color de la piel del Tatagata.» A esto va unida la leyenda de una transfiguración corporal del Budha.

(4) Hasta aquí concuerdan con poca diferencia las tradiciones del Norte y del Sur, excepto tocante al convite de Cunda, pues dice la tradición del Sur que habiendo ofrecido el herrero a sus huéspedes carne de jabali en forma de cecina, solo el Budha la había comido, lo cual le había producido la disentería. La leyenda del Norte dice que su enfer-



Dicho esto volvió á levantarse y llegó con su acompañamiento al bosque de *sal* cerca de Cusinara, en la otra orilla del Hirañavati, y allí mandó á sus discípulos arreglarle el lecho con la cabecera del lado Norte, y se echó sobre el lado derecho con las piernas extendidas la una sobre la otra, conservando todos sus sentidos, y diciendo: «Estoy cansado, Ananda.» A pesar de no ser la época de la floración, hallábase cubiertos de flores los dos árboles entre los cuales el Budha había mandado disponer su lecho; las flores de aquellos árboles caían sobre el cuerpo del maestro, mezclándose con ellas otra lluvia de flores de Mandarava y de polvo aromático de sándalo que en medio de cantos y músicas celestiales caían de las alturas, en honor del moribundo Tatagata. Este aprovechó el obsequio del cielo para decir á Ananda: «Mejor todavía se honrará al Tatagata si los hermanos, hermanas y demás adeptos cumplieren con los grandes y pequeños deberes y se condujeran conforme ellos mandan. Por esto, Ananda, sed perseverantes y cumplid con todos estos deberes.» Esto y otras cosas dijo el Budha á su discípulo favorito, que en el momento de perder á su maestro comprendió cuánto le faltaba todavía para saber. Esta idea le dominó tanto que se apartó para dejar libre curso á sus lágrimas, lo cual observado por Budha, le hizo llamar otra vez á su lado y le inculcó de nuevo la necesidad de separarse de lo mas caro en virtud de la ley eterna del nacer y perecer. Después le dió seguridades consoladoras y alabó en voz alta, en presencia de toda la reunion, la fidelidad y afecto de este discípulo, su buen criterio para hacerlo todo en tiempo oportuno, ensalzó su celo y elocuencia seductora, en fin, ponderó todas las excelentes cualidades de aquel hermano y servidor modelo. Seguidamente suplicó Ananda á su maestro que no dejara de existir cerca de la pobre aldea de Cusinagara, sino que muriese cerca de una de las seis ciudades capitales Campa, Radyagriha, Sravasti, Saketa, Causambi y Varanasi (Benares), donde vivían brahmanes y propietarios ricos que podían hacer grandes honores á los restos mortales del maestro; á lo cual le contestó éste: «No digas eso, Ananda.» En efecto, aquella miserable aldea, como él la llamaba, había sido en otro tiempo, bajo el reinado de Maha Sudarsana, una ciudad populosa y floreciente, centro de alegrías y de dichas, llamada Cusavati. Después mandó al discípulo ir al citado pueblo y anunciar á los habitantes el próximo fin del Tatagata, á fin de que no tuviesen después que lamentar el no haber asistido en sus últimos momentos al maestro muerto en su territorio. Ananda hizo lo que se le mandó y la noticia consternó y afligió á los habitantes, á quienes encontró justamente reunidos y que sin diferencia de edad se dirigieron al bosque, donde Ananda presentó á todos por grupos al Budha para que le mostraran su veneración.

En las horas del primer cuarto de la noche llegó tambien al sitio un monje llamado Subhadra, que presintiendo la próxima muerte del Tatagata, quiso antes librarse de una duda é insistió en ser presentado al maestro, á pesar de que Ananda le decía que estaba cansado. El Budha, oyendo la disputa, ordenó que dejasen acercarse al monje. Subhadra, después de saludar al Budha y de sentarse respetuosamente á su lado, empezó á exponer su escrúpulo, que consistía en saber si Purana-Casiapa y otros grandes y famosos maestros que nombró, habían comprendido á fondo, como ellos pretendían, la esencia de las cosas y cuáles de ellos la habían entendido mejor. Esto constituye, dijo, el sentimiento de in-

medad consistió en un nuevo ataque de antiguos dolores en la espalda. Este plato de carne de jabali ha dado lugar á muchas discusiones, pero el hecho es que la muerte del Budha debía atribuirse á una causa inmediata.

seguridad del cual quería verme libre. El maestro bienaventurado le contestó, excitándole á escuchar atento:

«En ninguna parte puede encontrarse la verdadera santificación si no en el camino que conduce á la perfección completa, y este camino solo lo enseñan la doctrina y enseñanza del Budha; todos los demás caminos y maestros son hueros; solo los monjes budhistas viven como corresponde y hacen que no se acaben los santos venerables en este mundo. Yo he renunciado al mundo á los veintinueve años para buscar la salud, y cincuenta años hace que recorro los anchurosos espacios de la virtud y de la verdad, fuera de los cuales no hay santificación ni salvación.»

Así habló el bienaventurado, y sus palabras hicieron tanta impresión en Subhadra, que se declaró convencido, iluminado y decidido á buscar su salud en el Budha, en su doctrina y en su comunidad. «Que el bienaventurado, dijo, me considere discípulo suyo desde ahora hasta el fin de mi existencia.»

Se dispensó á Subhadra de los cuatro meses de noviciado de costumbre y por orden de Budha fué admitido por Ananda en la comunidad de los discípulos (1).

Subhadra subió rápidamente al último grado de perfección. Fué el último discípulo que Budha convirtió en persona, y lo dicho por Budha en esta ocasión fué su último discurso de conversión. Según este discurso, no puede haber verdad sin virtud, ni virtud sin verdad; sin la práctica de la moral es vano todo el saber, y fuera de la virtud y de la verdad no hay salvación ni santos; y esto es lo que caracteriza y caracterizará siempre la doctrina budhista.

Entretanto había ido avanzando la noche, y habían pasado el primero y segundo cuarto cuando el Budha, dirigiéndose á Ananda dijo: «Puede ser que á uno ú otro de vosotros le ocurra la idea de que con el maestro haya acabado la enseñanza; mas no debéis pensar así. Cuando yo falte os servirán de maestro las verdades y reglas que he establecido.» Después de esto y de algunas otras cosas dijo, dirigiéndose á todos los discípulos que le rodeaban: «Si alguno de vosotros, monjes, conserva algunos escrúpulos tocante al Budha, á las verdades y al camino enseñados por él, que hable con entera libertad, á fin de que no tengáis que reconvenirnos por no haber preguntado al bienaventurado cuando le tratábais personalmente.» Todos callaron, aun después de haberlo repetido tres veces, y de haberles suplicado que no callaran por consideración á él porque era su maestro; hasta que Ananda tomó la palabra y dijo que él creía que en toda la reunion no había un solo discípulo que conservara la menor duda ni escrúpulo tocante al Budha, á las verdades ni al camino de la perfección. El maestro contestó: «Has dicho bien, Ananda, el Tatagata sabe que dices la verdad; por esto llegareis todos los que os encontráis aquí convertidos, á la salvación perfecta,» y añadió: «Mirad, monjes, os lo repito: todo ser compuesto está sujeto á perecer. Buscad sin cesar vuestra salvación.»

Estas fueron las últimas palabras del Budha y después de haberlas dicho se entregó á profunda meditación en la cual se elevó en éxtasis gradualmente hasta la conciencia bienaventurada del infinito, llegando al fin á la nirvana perfecta, en cuyo momento, según la leyenda, se conmovió la tierra de un modo terrible, resonó en el cielo el estruendo de truenos y Brahma, el señor de la tierra, se dejó oír en estos términos: «Todos los seres del mundo dejan sus cuerpos inestables como

(1) Según la tradición del Sur, este Subhadra era descendiente de brahmanes y por lo mismo no puede ser el individuo del mismo nombre que después de la muerte del Budha manifestó su alegría de verse libre de él y del cual hablaremos todavía mas adelante.

este maestro augusto, que jamás tendrá su igual entre los hombres, tan sabio era y de inteligencia tan clara.»

Esto sucedió hácia el fin del tercer cuarto de la noche, cuando ya asomaba el alba. Ananda y Anurudha continuaron todavía largo tiempo cerca del cadáver de su maestro mientras una parte de los discípulos se lamentaba y lloraba. Otros mas avisados recordaban conformados y silenciosos las últimas palabras del bienaventurado, y cuando por la mañana Ananda, cumpliendo la orden de Anurudha, avisó al pueblo de Cusinara el fallecimiento del Tatagata, resonó de nuevo toda la ciudad en lamentos y exclamaciones de desconsuelo. Hombres, mujeres y niños, llevando todos los pañuelos, incienso y coronas de flores que pudieron proporcionarse, se dirigieron al bosque junto al lecho de muerte, erigiendo sobre él tiendas y un dosel, adornándolo todo con flores y guirnaldas, y entonaron cantos y músicas fúnebres con las danzas acostumbradas, continuando estas solemnidades durante seis dias. Al séptimo dia ocho jefes de Malla, lujosamente ataviados, levantaron el cadáver del perfecto y lo llevaron en procesion solemne entre músicas, cantos y danzas fúnebres á su ciudad, entrando por la puerta del Norte. Durante el tránsito llovieron de las alturas celestiales, cubriendo todo el camino, flores de Mandarava, y desde la ciudad la procesion fúnebre, pasando por la puerta del Este, se dirigió á un santuario de los Malla llamado Mucutabandhama, donde trataron el cadáver del Tatagata con los mismos honores que al soberano de un imperio, según les instruyó Ananda. Le envolvieron en chales preciosos y le metieron en un ataúd y éste otra vez en otro y en otros, y luego lo colocaron encima de una pira colosal; mas no fué posible hacerla prender fuego hasta que llegó Maha-Casiapa con su séquito de discípulos. Entonces, habiendo sido advertido de lo sucedido en Pava, y habiéndose inclinado respetuosamente ante los pies destapados del maestro difunto, encendióse la pira como si saliesen las llamas de dentro del cadáver, hasta que apagaron la hoguera chorros de agua perfumada. En seguida los Mallas de Cusinara recogieron los huesos del difunto y los llevaron á su sala de reunion, rodeando estas reliquias de arcos y lanzas formando enrejado, mientras el pueblo mostraba su veneración durante otros siete dias otra vez con danzas, músicas, cantos, incienso y flores (1).

Al saber Ayatasutra, rey de Magadha, la muerte del Budha, envió mensajeros á los Malla de Cusinara, solicitando una parte de las reliquias, fundándose en el hecho de que el Budha había sido como él mismo un chatrya y diciendo que quería hacerle edificar una *stupa* y celebrar solemnemente la colocación de las reliquias en ella. Igualmente llegaron mensajeros del mismo tenor de parte de los Lihavi de Vaisali, de los Sakia de Capila y de muchos otros cuyos nombres corresponden todos á territorios relativamente cercanos.

Los Malla de Cusinara rechazaron estas peticiones y se prepararon para oponer en caso necesario la fuerza á la fuerza, hasta que las elocuentes reflexiones de un anciano brahman citándoles el ejemplo del bienaventurado, consiguieron que cediesen á las solicitudes que se les habían dirigido, y así encargaron á este mismo brahman, llamado Drona, el reparto justo y equitativo de las preciosas reliquias del Budha. El mismo brahman solicitó y obtuvo para sí la urna vacía de las reliquias y los Maurya de Pipalivana, que se presentaron

(1) Todas las tradiciones refieren la sepultura del Budha de la misma manera, salvo la añadidura de diferentes milagros. Anurudha era, como Ananda, sobrino del Budha, pero discípulo mas antiguo que Ananda. Maha-Casiapa no podia faltar á la ceremonia, como sucesor del Budha en la dirección de su comunidad; y la ceremonia de su reverencia ante los pies descubiertos del cadáver, tiene analogía con un uso antiguo judío y quizá con otro igual comun á todo el Oriente.

tambien con su solicitud después del reparto, tuvieron que contentarse con los restos de cenizas y de carbon.

Diez fueron los agraciados en el reparto y todos se llevaron en triunfo la parte que les había cabido y construyeron en su país los monumentos, celebrando después con las solemnidades debidas el piadoso depósito.

Refiere otra relacion que unos veinte años después, reinando todavía el rey Ayatasutra, fueron sacadas, con intervencion de Maha-Casiapa, todas estas reliquias de sus diferentes sepulcros y llevadas á un lugar muy distante en el Sudeste, donde fueron depositadas en un panteon subterráneo suntuoso, adornado con columnas y oro, el cual fué después bien cerrado y cubierto, dejando solo visible una insigni-



Dagoba (santuario) de Amravati.

nificante *stupa*, y rodeado el sitio de fuertes murallas. Al cabo de mas de doscientos años descubrió, según se dice, este sitio un rey llamado Piyadasi ó Asoca, que hizo abrir el templo subterráneo y repartir las reliquias, salvo algunos pocos restos, por toda la India.

Con la muerte del Budha habían perdido sus discípulos á su jefe visible, que veneraban mas que la suprema divinidad; y como á la gloria de la nirvana budhista no conducen ni oraciones ni sacrificios, no había quedado mas que la doctrina y las sentencias del maestro, que según él había dicho, debían servir de guía á la comunidad. En cuanto al pueblo laico, se consoló con dar culto á las reliquias del santo, y el culto fué tal, que hubo guerras para disputarse aquellos restos materiales. Pero siendo esto tan contrario á la doctrina budhista, puramente espiritual, se comprende que los discípulos, tan rígidos como solícitos, trataran de volver á reunir todas las reliquias y ocultarlas para siempre donde nadie pudiese descubrirlas, ya fuesen adeptos, ya enemigos de la comunidad.

Habiendo preguntado Ananda al Budha antes de su muerte lo que deberían hacer con sus restos mortales, le había contestado el maestro: «No os canséis tributando honores á los restos del Tatagata; procurad alcanzar vuestra propia salvación con celo, atención y gravedad. No faltarán nobles, brahmanes y propietarios inteligentes y partidarios del Tatagata que honren sus restos.» En efecto, los antiguos preceptos de la comunidad no mencionan ningun culto de reliquias.